

Latinoamérica y el Tiempo

por Sebastián Salazar Bondy

En la comunidad que, de hecho, constituyen los pasajeros de una nave es posible distinguir algunos fenómenos sociales que, convenientemente ampliados, se dan en la realidad internacional. Entre los varios que podemos observar aquí, los pocos que nos interesamos por esta clase de testimonios, no es el menor el que manifiesta con claridad y precisión la unidad, soterrada a veces, pero efectiva siempre, que existe en quienes nos denominamos latinoamericana-

nos, sobre todo frente a aquellos que constituyen el grupo europeo. En medio, a la manera de una capa fronteriza, se encuentran los españoles, unidos a nosotros por la lengua y, de alguna manera, por el espíritu, aunque pertenecientes históricamente a la cultura del viejo continente. La condición fluctuante de estos últimos, precisamente, es la que traza con mayor nitidez la división entre las dos zonas que mares y sentimientos separan.

La circunstancia de que los latinoamericanos nos solidaricemos inmediatamente en una situación semejante no es consecuencia, como pudiera creerse, de una igual condición de inferioridad —hay que decirlo con su nombre— ante el aire hegemónico de los europeos. No se trata de la expresión de un "resentimiento", tal como lo entiende Scheller, pues no aspiramos, ni manifiesta ni tácitamente, a ser como ellos. Me he preguntado: "¿Qué es lo que aquí —en el extranjero, pues el barco es inexorablemente inglés— me hace sentirme, sin vacilaciones, fraternal con un chileno o un argentino, exactamente como si ellos fueran peruanos? No necesito hablarles, saber su raza, su clase o su índole económica, para tenderles la mano en la seguridad de que entre cualquiera de ellos y yo hay un conjunto de ideas, creencias, emociones y principios consabidos. Existe una precencia (un conocimiento previo) entre nosotros. En fin, lo que se puede, sin temor a errar, llamar simple y llanamente una nacionalidad.

Ya está dicho: una nacionalidad. Pero, ¿qué es esto? Si reflexiono un poco puedo convenir en que aquel chileno o este argentino se diferencian de mí en rasgos que no son accidentales. Ciertos conceptos sobre la vida de uno u otro, heredados o elaborados en base a sus respectivas experiencias nacionales y regionales, son distintos y hasta opuestos a los míos. En este caso, ¿dónde está la comunidad? Visto así, el problema parece no estar resuelto. Sin embargo, si planteamos la cuestión cotejando nuestra condición latinoamericana —la que nos es común a peruanos, chilenos o argentinos, por ejemplo— con la condición europea de la autoridad de a bordo y de buena parte del pasaje, los rasgos distintivos que señalé antes pasan a segundo plano, y nos uniforma algo que me atrevo a llamar un espíritu. Es decir, algo sutil y denso, cuyo examen debiera ser el tema de un pensador, no el de un modesto periodista.

En general, el europeo no tiene una buena idea de nosotros. Basta para saberlo hablar unos instantes con cualquiera de los que ahora conviven en la nave conmigo y los demás latinoamericanos. Traspuestas las cortesías y aunque sea en tono amable, nos atribuyen la culpabilidad del retraso de buena parte de nuestros pueblos, nos acusan de ocio, nos critican la simplicidad de nuestras costumbres, nos reclaman en suma un esfuerzo que ellos realizaron en, por lo menos, seis siglos. Es cuando nos sentimos dueños del porvenir, no con un sentido acaparador, sino con un ánimo generoso. Y es, también, cuando comprobamos que desde Río Grande hasta el Cabo de Hornos, con altibajos o variantes, poseemos la misma reserva de futuro.

Al fin de cuentas nuestro patrimonio es el tiempo. El tiempo que es todo: trabajo y riqueza, paz y bienestar, salud y cultura. Y cuando entre un latinoamericano y otro se estrechan las diestras entre ellas circula este sentimiento de posibilidades latentes, esta promesa de vida, este orgullo sin vanidad, que significa que los de hoy somos un eslabón en una cadena de conquistas penosas, cuya culminación no veremos, pero que estamos contribuyendo a fabricar con cada golpe de pala, con cada vuelta de tuerca, con cada golpe de tecla en la máquina de escribir. Remontamos ese río infinito y eternamente nuevo que Heráclito reveló alucinado.

La Guayra, octubre, 1956.

29/10/56